



Categorización del Pentateuco como un ámbito teológico válido para la fe cristiana: un ensayo para justificar la continuidad entre Antiguo y Nuevo Testamento

Raúl Quiroga

Introducción

El quehacer teológico precisa de *loci theologici* o fuentes normativas que permitan extraer descripciones aptas de Dios y sus interacciones con la humanidad. Por lo tanto, para justificar el estatus del Pentateuco como un *locus theologicus*, o fuente autoritativa para la teología, es necesario definir las categorías en las que puede desempeñarse como tal. Además, dado que el canon judeocristiano no está limitado al Pentateuco, es imprescindible percibir cómo el resto del Antiguo Testamento, así como los libros del Nuevo Testamento, pueden ser aceptados bajo los presupuestos filosóficos y bíblicos presentes en los primeros cinco libros de la Biblia. Asimismo, si los libros posteriores han de ser tomados con el mismo estatus canónico, deben poder encontrarse puntos en común que justifiquen su continuidad y posición a la luz de la revelación presente en el Pentateuco.

Por lo tanto, este ensayo procurará legitimar la posibilidad de realizar teología a partir del Pentateuco, establecer una visión teológica bíblico-cristiana de este, y proporcionar principios conectores de la cosmovisión canónica cristiana con la de un judío o un samaritano.

Categorías teológicas del Pentateuco

Para categorizar el Pentateuco como un lugar teológico válido, es necesario primeramente considerar cuáles podrían ser las categorías que lo transforman en un espacio teológico. Indudablemente, estas categorías son introducidas *a priori*, pero desde la experiencia que se obtiene de

tratar con el Pentateuco como literatura, como historia y también como teología.

En primer lugar, el Pentateuco debe ser entendido como un libro de Dios en el sentido de posesión o propiedad. ¿Qué se entiende al decir que es un libro que le pertenece a Dios? La intención de esta declaración es afirmar que el Pentateuco como libro se muestra sin autoría humana definida o exclusiva. No hay en él un autor que explique su proyecto literario, su argumento, su escenario, sus personajes, su clímax y su conclusión. No lo hace porque entiende que el libro es propiedad de Dios y no suya. El Pentateuco deja su autoría en manos de su propietario. Si bien Dios no está representado como autor literario, sí está representado como el productor de todo el contenido temático.

Además, el Pentateuco se presenta como un libro en el que Dios interactúa con la humanidad, dándose a conocer en algunas ocasiones como absolutamente diferente en naturaleza y propósito de la humanidad y, en otras ocasiones, como un humano más. Pero estas acciones de Dios en la historia tienen una intención definida con respecto a la raza humana y, en especial, con quien después sería llamado su pueblo.

Por esta razón, el Pentateuco se muestra también como el libro de un pueblo. Definidamente, no es de una persona, de un autor, aunque es imposible pensar que no tenga uno. Pero no hablamos de un autor como compositor o de un pueblo como generador del libro. Hablamos de un libro que llega de parte de Dios a un pueblo que él previamente eligió y que se transforma en heredero de ese libro, independientemente de su autor literario. Por lo tanto, el libro que pertenece a Dios es entregado en custodia al pueblo que debe mantenerlo vigente frente a cada generación subsiguiente.

Pero no solo tenemos un libro que llega al pueblo de parte de Dios y que es la herencia de Dios para su pueblo, sino que también este es el libro, con un mensaje de Dios para su pueblo. El Pentateuco puede ser la historia de la humanidad, de un pueblo o de un personaje paradigmático, pero también es ley de Dios. Puede ser un discurso humano, pero también es prescripción divina. Esto hace a la vigencia, a la permanencia y a la herencia viva del Pentateuco.

Por lo tanto, puede considerarse el Pentateuco como un proyecto literario con un designio teológico inserto en él. Es definitivamente un libro con un mensaje de parte de Dios para la raza humana, para su pueblo y para los individuos. Incluso, de acuerdo con la naturaleza del Pentateuco, parece que no se necesita que alguien describa o escriba su historia, es decir, su origen y desarrollo. Este libro tiene su propia historia. Es interesante observar que, independientemente de una datación cronológica, este libro relata su propia historia desde su propia filosofía de la historia. De hecho, no le interesan tanto las precisiones temporales de su relato histórico como los acontecimientos en sí. No le preocupan demasiado los detalles de la narración como el contenido temático y el propósito final. Pero lo destacado es que el Pentateuco narra su propia historia y, en ese relato, Dios y su pueblo son los protagonistas: proponen el argumento, definen el escenario, crean la pausa y el clímax, y finalmente la conclusión de la historia.

En resumen, creo que, a partir de estas categorías, el Pentateuco como propiedad de Dios, como libro que describe su intervención en la historia humana, como herencia para su pueblo, como obra literaria con un definido mensaje (proyecto teológico) de su parte y como conteniendo su propia, válida e indiscutible historia, se puede legitimar una teología del Pentateuco. Si teología es fundamentar y descubrir el significado de la acción de Dios en la humanidad y entre los seres humanos, el Pentateuco es un buen ejemplo de esa intención.

Bases de una visión teológica-bíblica

En cuanto a la mirada teológica bíblico-cristiana y a la de un judío o samaritano, el desafío reside en justificar por qué un cristiano pudo adicionar a su cosmovisión religiosa una serie de escritos que posteriormente fueron considerados tan autoritativos como el Pentateuco. Y esto ya es razón de escándalo mayor para un judío, incluso para un samaritano. La pregunta para el cristiano sería la siguiente: ¿cuáles son las razones por las cuales fundamenta su ampliación del canon? Y este podría contestar que sus escritos neotestamentarios están fundamentados en el Pentateuco. Pero esta respuesta no sería suficiente. O tal vez podría contestar

con cierta lógica que de la misma manera como los judíos incluyeron los libros proféticos y los escritos como libros autoritativos al igual que el Pentateuco, también el cristianismo decidió incluir otros libros y otorgarles la misma autoridad canónica que el Pentateuco. De acuerdo con esta argumentación, los samaritanos con su Pentateuco como única escritura sagrada estarían en ventajas con respecto del dilema de la canonización de otros escritos.

De todas maneras, aunque intentemos justificar el procedimiento teológico cristiano para considerar los evangelios y demás escritos como escritos canónicos, la discusión continuaría interminablemente. Como solución, quizás se podría proponer que los mismos principios que se aplicaron para considerar los escritos proféticos como canónicos hayan sido los mismos para incluir a los evangelios como parte del cuerpo canónico. Por otra parte, si el Pentateuco es el modelo escritural autoritativo para el pueblo de Dios, podría tomarse como referencia filosófica y teológica para justificar la postura cristiana. Además, si se abstraen sus categorías por las cuales se lo considera un libro teológico autoritativo para el pueblo de Dios y se las aplica a los libros neotestamentarios, luego, si esos escritos cumplen con esas condiciones, se justificaría su inclusión en el canon a la par del Pentateuco.

Y parece que esto es posible porque si la intervención de Dios en la historia humana en general y en la de su pueblo se certifica en el Pentateuco, esa misma intervención es evidente no solo en el resto de los libros del Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo Testamento a través de Jesucristo, quien es el clímax de la intervención de Dios en la historia y en su pueblo.

Conclusión

Por lo tanto, debido a las presuposiciones del canon cristiano y a las categorías teológicas propias del Pentateuco, el Pentateuco no puede ser una revelación cerrada en sí misma, sino que su contenido debe seguramente apuntar a una realidad que alcanza y satura todo el Antiguo y el Nuevo Testamento. De allí que es posible percibir en la cosmovisión del Pentateuco un destello lejano, pero no menos evidente del

cristianismo y, por otra parte, descubrir en el Nuevo Testamento las múltiples categorías teológicas del Pentateuco como fundamento de la fe cristiana.

Raúl Quiroga
Facultad de Teología
Universidad Adventista del Plata
Entre Ríos, Argentina
raul.quiroga@uap.edu.ar